

Como ya señalamos, el posible uso de las placas como reflectores de la luz solar en el Noroeste Argentino no es un hecho aislado del resto de las culturas precolombinas; sino que se halla ligado a un ciclo de ideas y técnicas que, si bien tuvo rasgos regionales muy definidos, en lo fundamental, se vinculan a prácticas de dispersión continental. Su significado ha sido muy poco estudiado. Espejos pulidos de diversa composición mineralógica se encuentran en las culturas precolombinas agroalfareras desde el SO. de los E. E. U. U. al Noroeste Argentino y Chile (Lothrop I 1937, 102) y desde las etapas más antiguas de las culturas agroalfareras. También se hallan espejos de metal en distintas culturas, pero estos son los menos conocidos. En el Viejo Mundo los espejos más antiguos y elaborados parecen que también fueron de metal, tratándose en este caso de una simple convergencia técnica.

Veremos que en el ámbito precolombino, a juzgar por la información histórica y etnográfica, los espejos cumplieron una doble función: una de ellas práctica, como objeto suntuario de uso personal y otra, quizás más importante, de carácter mágico o simbólico, como objetos capaces de relatar el pasado o predecir el futuro.

James Ford hizo un buen resumen de la distribución espacio-temporal de los espejos en América en un trabajo que por desgracia no alcanzó a ver publicado (Ford 1969, 74-76; gráfico 9). En este trabajo queda en claro que los espejos más antiguos se encuentran algo antes del primer milenio a.C. en Mesoamérica, y poco más o menos en la misma fecha en el Perú. Creemos que con la información presentada por Ford no es posible rechazar la difusión de estos utensilios hacia el Norte y el Sur desde los centros mencionados, aunque quedan claros que llenar en nuestros conocimientos.

Es de notar que Ford incluye entre los espejos cualquier instrumento susceptible de reflejar imágenes, aunque no sean específicamente de metal. Tal es el caso de las placas de concha muy pulidas de la cultura Momil en Colombia (op. cit. 74), y otras de mica de América del Norte.

En el Perú los espejos más antiguos serían los hallados en el nivel Kotosh-Kotosh del sitio epónimo y los del valle de Asia con influencia Chavín, del 1200 a.C. (op. cit. 75). Un detalle de mucho interés sería la presencia de espejos cóncavo-convexos en Chavín, que al parecer no han sido descritos en detalle. Fuera de los hallazgos de espejos en América del Sur, Ford incluye también los de América del Norte (idem 75). Nosotros agregamos aquí unos pocos comentarios y hallazgos a los aportados por el autor citado, recalando algunos aspectos funcionales.

El uso variado de espejos en Mesoamérica ha sido expuesto en un erudito trabajo por Carlson (1981) y en el trabajo más reciente de Taube (1980, M.S.). Aquí sintetizaremos algunas de las conclusiones generales del primero, muchas de las cuales muestran prácticas similares a las de las culturas andinas. Espejos pulidos, de diversos minerales, como pirita, hilmenita, etc. hacen su aparición en la cultura olmeca. Los más sorprendentes por su técnica de fabricación son los espejos cóncavos, algunos de los cuales sirvieron para encender fuego según la experiencia practicada por Ekholm en Nueva York (Ekholm 1972).

Carlson resume los siguientes usos de los espejos, fuera de los antes apuntados: 1. Como cámara oscura. 2. Como minicóncavo ampliatorio de la imagen para autocontemplación. 3. Para uso astronómico (?). 4. Como elemento de incrustación para representar «ojos» en figuras zoo- u ornitornias. 5. Como utensilio adivinatorio (Carlson 1981, 124).

Los espejos, no importa su uso, se llevaron, según testimonio histórico y de la arqueología, suspendidos del cuello o bien aparecen en la frente de numerosas deidades o individuos prominentes (Joralemon 1971, 12). Un hallazgo arqueológico confirma esa utilización de los espejos (op. cit.). Para Carlson, este adorno frontal o pectoral, sería la representación del mismo sol, según numerosas evidencias históricas y etnográficas (op. cit. 125). Es de alto interés que en algunas esculturas olmecas estos espe-

jos aparecen en el pecho de un jaguar antropomorfo que se halla al parecer copulando con una mujer (op. cit. 124)<sup>13</sup>.

Los espejos se relacionarían con el dios del Fuego (Dios I) o la Serpiente de Fuego (idem 124). En Centroamérica se han hallado espejos de pirita en Coclé, Panamá. Lothrop los describió entre los objetos de «toilet». Hay algunos cuadrados y otros circulares, de hasta 26 cms. de lado; curiosamente llevan a veces entre 1 y 4 agujeros centrales o periféricos (Lothrop I 1937, 102 y ss).

Los espejos cóncavos, productores de fuego, se relacionarían con la imagen de Tezcatlipoca, de acuerdo con su nombre de «espejos humeante», deidad solar y del linaje real y de las cuatro direcciones adivinación y la brujería. En los códices mexicanos los discos eran el símbolo de Tezcatlipoca, por eso sus sacerdotes lo llevaban en el pecho (citado por Verneau y Rivet I 1912, 305). Los Huastecas llevaban sus espejos suspendidos de la cintura en los combates (Nordenskiöld 1926, 107)<sup>14</sup>. A través de su espejo Tezcatlipoca podría observar «el corazón de los hombres» y además, ver los acontecimientos del linaje real, el poder y el Gobierno». A su vez el jaguar tiene íntima relación con el sol, como dios solar del inframundo (Carlson, op. cit. 125).

Entre los Mayas el dios K sería el equivalente de Tezcatlipoca. Con su «espejo humeante» emerge, en algunos monumentos como la tapa del sarcófago del templo de las inscripciones en Palenque, de la serpiente bicéfala (op. cit. 128). Los gobernantes mayas se convirtieron en ancestros deificados según Thompson (1979). Su poder estuvo estrechamente asociado con la deidad solar.

El uso de espejos para producir fuego, concentrando los rayos solares, indica una relación de simbolismo directo entre el sol y el fuego; por lo tanto no resulta sorprendente la relación de Garcilaso de que los Incas encendían el fuego ceremonial con un espejo de oro. Algunos investigadores como Lauffer pusieron en duda la referencia de Garcilaso. Otros, en cambio, como Nordenskiöld basado en la existencia de espejos cóncavos en México se inclina en favor de la información del cronista (Nordenskiöld 1926, 104).

Hasta ahora no se han descrito en detalle para el Perú objetos que pudieran haber cumplido esta función; ignoramos si se los ha buscado expresamente en las colecciones. Pero claro está, que esos espejos de oro debieron ser por completo excepcionales, sólo para el uso del Supremo Sacerdote u otros de la más alta jerarquía religiosa. Además especímenes, lisos y pulidos debieron ser poco llamativos teniendo la simple apariencia de una taza o un cuenco no muy hondo sin mayor atractivo estético. Su hallazgo, por parte de los huaqueros, a cuya actividad se deben la gran mayoría de los especímenes que se guardan en los museos, debió terminar en el crisol del fundidor. Con todo sería necesaria una búsqueda adecuada en las colecciones de Perú y Bolivia.

De cualquier manera es interesante recalcar la estrecha relación estructural entre los espejos, el sol, el oro, el grupo gobernante, su linaje doméstico y la cosmología. Este vínculo permitió mantener la interrelación de los diferentes elementos entre sí a través de mucho tiempo y de diferentes culturas.

A los elementos citados se asociaban otros, también de carácter simbólico, cuyo vínculo solar es menos directo como el jaguar y la serpiente bicéfala.

<sup>13</sup> El tema del jaguar copulando con una mujer aparece en cerámicas mochicas. Habría que agregar este ítem a la lista compilada por Badner, quien señala varias similitudes entre la iconografía olmeca y la mochica (Badner 1972 Figs. 25, 32, 33, 41, 42, 43, 45, 48, 52, 53).

<sup>14</sup> En el cap. 16, nos hemos referido a un mito citado por María Rostworowski y recogido por Calancha en la que una mujer es fecundada por el sol, dando origen a las plantas cultivadas. La relación mítica del jaguar-sol se ve en este caso robustecida por el espejo en el pecho del jaguar. Otras representaciones del tema antes mencionado aparecen en el Norte de Chile (Berenguer 1986).

<sup>15</sup> Esta es una curiosa similitud con los «espejos», evidentemente mágicos, llevados por los soldados incas (ver cap. 13.8.).

Habría una serie de testimonios arqueológicos que permiten formular hoy con bastante probabilidad la llegada desde Mesoamérica a América del Sur de algunas ideas y elementos culturales mencionados más arriba. Tal es el caso de los espejos de pirita pulidos, la mutilación dentaria, ciertas formas de alfarería, la deidad humanofelínica y una larga serie de elementos culturales. La vía de llegada a Sudamérica, sin descartar otras, debió ser la marítima y uno de los principales puntos de arribada, la costa ecuatoriana. Aquí las pruebas de las influencias mesoamericanas aparecen a partir de la cultura Chorrera. Creemos que los argumentos arqueológicos que testimonian estas influencias intercontinentales han superado la etapa en que sólo el mencionar esta posibilidad era caer en el anatema de «difusionista». Un largo resumen de esas evidencias pueden encontrarse en trabajos presentados al Simposio de Relaciones Andinas Mesoamericanas, reunido en Salinas, Ecuador en 1971. Además existen otras referencias igualmente valiosas, sobre temas muy variados tales como vínculos y relaciones a través de complejas transferencias de técnicas metalúrgicas, hasta la identificación de dioses mesoamericanos como el «Viejo dios del fuego», Tlaloc o la Serpiente Emplumada (ver Kelly 1947; Marcos 1986 a. b. c; Anónimo 1977-78; Evans/Meggers 1966; Lathrap 1966. 1973; Meigham 1969; Mounjoy 1969). En un trabajo reciente Hosler ha estudiado, tanto desde el punto de vista tipológico como técnico, la metalurgia precolombina del Occidente de México. Sus conclusiones no parecen dejar dudas de que el origen de esa tecnología, según se sospechaba desde hace mucho tiempo, hay que buscarlo en el Norte de Sudamérica y en la costa surperuana. Las primeras influencias habrían llegado a México hacia el año 800 d. C. y la segunda llega desde el Sur del Perú hacia el año 1200 d. C. (Hosler 1988, 328 y ss.).

Creemos que ya está superada la etapa en que cualquier rasgo arqueológico o etnográfico debía necesariamente interpretarse como difundido de quién sabe qué región, interpretación tan dogmática y malsana como la que niega en su totalidad el más mínimo papel al proceso de transmisión cultural a través de cualquiera de sus diferentes mecanismos. Es hora de dejar los prejuicios-cualquiera sea su naturaleza— y tratar de encontrar el justo pero difícil equilibrio entre lo que es difusión de rasgos, la integración de los mismos a contextos preexistentes, cuáles son los rasgos debidos al estímulo de ideas y cuáles son los reinventados en una cultura determinada. Los términos difusión y convergencia son abstracciones reduccionistas. En la realidad existen rasgos, elementos culturales de la más diversa índole. Muchos de ellos fueron reinventados una, dos o muchas veces, otros fueron difundidos en igual medida. Sólo es válido el estudio de los casos particulares y las pruebas que podamos aportar sobre su origen y sobre sus desplazamientos, y estas pruebas no pueden ser reemplazadas por formulas generalizadoras preexistentes.

En lo referente al tema específico de las religiones no tenemos muchos trabajos que enfoquen el tema en forma comparativa pese a existir publicaciones recientes que se refieren en forma comparada a las dos áreas mencionadas (Collier/Rosaldo [eds.] 1983; Conrad/Demarest 1988). Retomamos este problema en el capítulo 16.

Volviendo al tema específico de los espejos de roca pulida estos son comunes en Ecuador y Perú (Mason 1927, 203) y aún llegan al Noroeste Argentino<sup>15</sup>. No hay duda de que objetos de rasgos tan excepcionales sólo pudieron pertenecer a contados sujetos de la élite dirigente, que de seguro tuvieron por ellos alto aprecio. Espejos metálicos de uso suntuario fueron comunes entre los Incas. Garcilaso

se refiere a ellos «... Los espejos en que se miraban las mujeres de sangre real eran de plata muy bruñida, y las comunes de acofar, porque no podían usar de plata... Los hombres nunca se miraban al espejo que lo tenían por infamia por ser cosa mujeril.» (Garcilaso 1943, libro II cap. 28, 127).

También existieron en Perú y en el Noroeste Argentino pequeños espejos de metal, con un mango fundido en una sola pieza, los que se han reconocido como de origen Inca desde hace años (Norden en todo el territorio de expansión incaica. Admitiendo la afirmación de Garcilaso sobre los espejos suntuarios, se hace necesaria otra interpretación para estas placas circulares con mango de origen incaico. Creemos que su función y uso están aclarados en informaciones de Guaman Poma, Santa Cruz Pachacuti y Montesinos (Montesinos 1957 cap. 10, 51). Guaman Poma las denomina *puta-puta* y eran parte casi constante del atuendo de los guerreros Incas a juzgar por sus ilustraciones en las que aparecen con harta frecuencia sobre el pecho de los soldados (Guaman Poma 1936, 151. 155. 157. 161 etc.). No hay duda de que estos espejos se usaron sólo por su sentido simbólico y mágico-religioso, pues por su tamaño carecían de toda utilidad defensiva. Don Juan de Santa Cruz Pachacuti aclara este punto y atribuye al Inca Yahuarhuacac, la creación del uniforme de los soldados Incas en el que se incluía «... muchos pura-pura de plata y oro y cobre para los soldados, para poner en los pechos y espaldas, para que las flechas y lanzas no les heziesen daños en los cuerpos; y todos estos los repartieron a los capitanes y soldados...» (Santa Cruz Pachacuti 1950, 235). Después de esta precisa referencia y de las repetidas ilustraciones de Guaman Poma pocas dudas quedan del carácter mágico-simbólico de los denominados «espejos incaicos» hallados en nuestro Noroeste Argentino y gran parte de los Andes, ya que por su pequeño tamaño su utilidad práctica como elemento defensivo era nula. A ellos hemos dedicado un capítulo descriptivo (cap. 2.2.2.11.).

En Perú los espejos de pirita precedieron en siglos a los espejos Incas de metal. En el Museo de Dumbarton Oaks (Washington) se exhibe un extraordinario ejemplar con dorso y mango engastado en mosaico de madreperla y piedras semipreciosas de gran valor estético, probablemente pertenece a la cultura Wari, pero este espécimen bien pudo ser un objeto suntuario.

Espejos de pirita han sido hallados con momias de la cultura Parakas (Necrópolis). También se ha señalado la existencia de espejos biconvexos (Muelle 1940, 7. 11). Un espejo de pirita, con mango de cobre, fue hallado en Pashash por Grieder (1978, 184, Fig. 202). Corresponde a la cultura Recuay.

Habitualmente se cree que los espejos planos fabricados en pirita fueron de uso práctico personal. Sin embargo su utilización como objetos mágicos en los que se podía ver reflejado el futuro o el pasado está atestiguado por las crónicas. En la aparición del sol a Pachacutec, en Susurpuquio, resulta muy clara la descripción del espejo adivinatorio en el relato de Molina, quien nos dice que el futuro gran conquistador: «... vió caer una tabla de cristal en la misma fuente» (de Susurpuquio). Si cupiera alguna duda sobre la naturaleza de esa «tabla de cristal», el cronista agrega más adelante: «... y así desapareció el bulto (la imagen del sol) y quedó el espejo de cristal en la fuente, y el Inca le tomó y guardó...» Una frase final reafirma al carácter adivinatorio del espejo «... en el cual (espejo) dicen después veía todas las cosas que quería...» (Molina 1943, 21; agregado entre paréntesis nuestro).

La cita de Molina está corroborada en otra de Sarmiento de Gamboa al referirse al mismo mito «... le apareció en el aire (al futuro Pachacutec) una persona como sol, consolándole y animándole a la batalla y le mostró un espejo, en que señaló las provincias, que había de sujetar... se animó el Inga... y tomando el espejo, que después siempre trajo consigo en las guerras y en la paz...» (Sarmiento de Gamboa 1942, 99; agregado entre paréntesis nuestro).

De ambas citas resulta claro que el sol es el dador del espejo; la relación de estos, ya para producir fuego, ya para predecir el futuro, se vincula estrechamente a la deidad y sus atributos.

La visión de Pachacutec es entonces, en esencia, por la forma en que se realiza, muy similar a la Moctezuma, aunque de signo inverso. Aquel «leyó» en el espejo su futuro destino de grandeza: «... habéis de sujetar muchas naciones...». Moctezuma, en cambio, «vió» en el espejo mágico la de-

<sup>15</sup> Sólo conocemos un pequeño espejo de galena hallado dentro de una urna Candelaria del Periodo Temprano, encontrada por el autor en una caverna de la serranía de Las Pirguas (Pcia. de Salta). El espejo estaba dentro de un estuche de madera, decorado en el borde con motivos geométricos y agujeros para llevarlo suspendido mediante un hilo que se conservó sólo en parte. Otro espejo de galena pertenece al contexto Vaquería o las Cuevas (ver pieza No. 29). Además debe agregarse en el Area Andina Meridional, el conocimiento de espejos por los araucanos, que los denominaban *com-utubae*, o bien con el nombre quechua de *lipu*, palabra que designaba también el cristal de roca (Erize 1960, 221).

276  
 inclinación del poder, y el Sr. de Tacuba predijo la llegada de los españoles por igual procedimiento (Carlson, op. cit. 127).

Hay una incógnita muy importante a la que es necesario dar una respuesta que no tenemos todavía. ¿Por qué las placas cóncavas han aparecido en el Noroeste Argentino con cierta frecuencia mientras son desconocidas en el Centro Nuclear Andino donde su uso parecería estar aparentemente atestiguado por las crónicas?

No existe, parece, otro testimonio que confirme la curiosa afirmación de Garcilaso sobre la producción de fuego mediante un espejo metálico por los incas<sup>16</sup> y lógicamente debemos ser muy cautos antes de aceptar este testimonio único. Pero no puede dejar de intrigar la presencia de las placas cóncavas en el Noroeste Argentino ¿De dónde tomaron los pueblos del Noroeste Argentino la idea de fabricar placas cóncavas, o lisas, reflectoras de los rayos solares? ¿Se relaciona o no con la tradición altamente ritualizada y ceremonial que relata Garcilaso, u otra parecida? Es muy difícil decirlo. Carecemos totalmente de pruebas de que los pueblos del Noroeste Argentino tomaran esa práctica de la cultura de Tiahuanaco, pues no se han descrito hasta ahora piezas metálicas cóncavas halladas que en ese centro que sirvieran para producir fuego o simplemente para reflejar la luz solar. Pero aquí se impone una reflexión: si en el Noroeste Argentino donde se conocen más de trescientas placas metálicas, es recién en este trabajo que se describen y se intentan interpretar el uso y función de las placas cóncavas, hay muy pocas posibilidades que conozcamos la existencia de los mismos o parecidos elementos de una cultura de la que no se han hecho sino contadas descripciones de sus útiles metálicos y de los que carecemos hasta ahora de un estudio pormenorizado de los mismos.

<sup>16</sup> Garcilaso relata de esta manera la producción del fuego que debía consumir la carne de los animales sacrificados en el Inti Raymi: «El fuego para aquel sacrificio había de ser nuevo, dado de mano del sol, como ellos decían, para el cual tomaban un brazalet grande, que llaman chipana (a semejanza de otros que comúnmente traían los incas en la muñeca izquierda), el cual tenía el sumo sacerdote; era grande más que los comunes, tenía por medalla un vaso cóncavo como media naranja, muy bruñido; poníanlo contra el sol, y a un cierto punto, donde los rayos que del vaso salían daban en junto, ponían un poco de algodón muy carmentado, que no supieron hacer yesca, el cual se encendía en breve espacio, porque es cosa natural. Con este fuego, dado así de mano del Sol, se quemaba el sacrificio y se asaba así toda la carne de aquel día. Y del fuego llevaban al templo del Sol y a la casa de las vírgenes, donde lo conservaban todo el año, y era mal agüero apagarles como quiera que fuese. Si la víspera de la fiesta, que era cuando se apercibía lo necesario para el sacrificio del día siguiente, no hacía sol para sacar el fuego nuevo, lo sacaban con dos palillos rollizos...» (Garcilaso de la Vega, libro 6 cap. 22, 1943, 52) El término que Garcilaso utiliza para designar el espejo con que se obtenía el «fuego nuevo», la chipana, aparece también mencionado en las crónicas como adorno utilizado en los ritos de iniciación (citado por Zuidema 1974, 206). Parecería que hay una evidente relación estructural entre el Inti Raymi (solsticio de invierno) y el fuego nuevo. El fuego reencendido proporcionando nuevamente calor, es paralelo al nuevo sol, sol joven, Punchao, que reinicia su ciclo pleno de renovadas energías juveniles; la relación del fuego y el sol mediante el encendido por el espejo y los ritos iniciáticos juveniles refuerza la alegoría contenida en una relación estructural clara y coherente.

#### 14. ICONOGRAFIA DE LAS PLACAS Y LA ESCULTURA CIRCUNTITICA Y DE OTRAS REGIONES

##### 14.1. GENERALIDADES

Un punto de gran interés para la interpretación del posible significado, uso y función de las placas es la comparación de su iconografía con la escultura circuntitica. Problema por demás difícil y del que poco se ha investigado. Esta comparación la hacemos basicamente entre el arte escultórico de la mencionada región altiplánica y el Noroeste Argentino, buscando las ideas básicas que rigen la creación de sus expresiones iconográficas dentro del dominio ordenado de la cosmovisión andina. Recién en los últimos años la investigación ha tratado de aproximarse a complejas categorías como la de espacio y tiempo tratando de aprender su contenido intrínseco. En expresiones como Pacha (Harris/Bouysson-Cassagne 1987) parecieran con fluir ambos conceptos, los que obviamente son muy difíciles sino imposibles de traducir a criterios gráficos identificables. Otros como los de Yanantin, que expresan ideas de «simetría especular» (Platt 1978) encuentran una perfecta correspondencia en las variantes formales de las placas (ver *cap. 13.5*).

En otro capítulo (13.2) hicimos referencia a la complejidad del panteón incaico y a las dificultades que se presentan al querer identificar las representaciones visuales de sus deidades. Estudios recientes como el de Demarest (1981) apuntan claramente esa complejidad del panteón andino y sus características polifacéticas, las que se deben, quizás, a su naturaleza dinámica y a sus rasgos intercambiables, pero centrados a menudo en un gran dios celeste con manifestaciones múltiples. Entre estas manifestaciones, el autor citado señala el sol, el rayo, el dios creador y el héroe civilizador, todas expresiones de una misma fuerza natural, no estática, sino permanentemente dinámica.

De cualquier manera necesitamos aproximarnos al estudio del simbolismo andino y a su significado, por difícil y magros que sean nuestros primeros logros.

Desde el punto de vista de la unidad de su técnica, tipología y estilo, las placas metálicas junto con las campanas y las hachas de hoja decorada, constituyen un fenómeno cultural prácticamente único dentro de la región andina. Ellas forman un conjunto definido y propio tal como ya lo había visto Ambrosetti: «...Las placas pectorales y campanas y otros objetos calchaquíes, tienen un carácter tan propio, tan marcado y un simbolismo tan coherente con el que se halla en los demás restos de la civilización, como alfarería, por ejemplo, que excluye toda suposición de atribuirles un origen exótico» (al Noroeste Argentino) (Ambrosetti 1904, 164). Pero la idea que creemos domina aquí en Ambrosetti se refiere a la elaboración de los objetos y al estilo tan particular y no a los temas simbólicos generales que este estilo desarrolla.

Lo que precede no significa que el proceso histórico-cultural que da finalmente origen y sentido a las placas metálicas no contenga y aglutine en sí una cantidad de ideas, significados, prácticas y técnicas existentes en otras culturas andinas. Junto a la creación local se hallan infinidad de componentes procedentes de todos los Andes y específicamente en la región circuntitica. Entre estos componentes hemos analizado algunos en los capítulos anteriores, como las placas que sirvieron para reflejar la luz solar y que actúan como espejos y que tienen amplios y muy antiguos antecedentes en la América precolombina en general y en los Andes en particular.

Creemos que las placas metálicas complejas del Periodo Medio del Noroeste Argentino, consideradas como una unidad, con un contenido simbólico-religioso definido, muestran un estrecho paralelismo figurativo de rasgos y temas, con la litoescultura circuntitica de determinado momento. Por eso es interesante comparar ambos grupos de objetos arqueológicos. Creemos que aquí es necesario